

que el Maestro me ha encomendado. He viajado y trabajado, y el Señor me ha dado fuerzas para continuar hasta el día de hoy.

Deseo decirle a todo aquel a quien la gloria de Dios le haya sido mostrada: «Nunca deberás tener la menor inclinación a decir: “Soy santo, estoy santificado”». Después de mi primera visión, no podía soportar la luz muy brillante. Era como si hubiera perdido la vista, pero cuando me acostumbre de nuevo a las cosas de este mundo, pude contemplarlo todo sin problema. Por eso les digo que no deben vanagloriarse diciendo: «Soy santo, estoy santificado». Esa será la prueba más fehaciente de que no conocen las Escrituras ni el poder de Dios. Permitan que Dios sea quien escriba ese dictamen en sus libros si él lo desea, pero nunca deben ustedes mencionarlo.

Jamás me he atrevido a proclamar: «Soy santa, no tengo pecado”. He tratado de hacer la voluntad de Dios con todo mi corazón y disfruto la dulce paz del Señor en mi alma. Puedo confiar el cuidado de mi alma a Dios como a mi Creador, sabiendo que él guardará lo que se le ha confiado. Mi comida y bebida es hacer la voluntad de mi Maestro.

### **Ante la cruz de Cristo**

Y ahora les presento la cruz del Calvario. Si acuden a esa cruz con arrepentimiento y fe, y en obediencia a los mandamientos de Dios, lo harán de la única manera apropiada. Si pierden el cielo, lo perderán todo. Todo lo que deseo es contemplar al Rey en su hermosura. Permítanme escuchar la dulce melodía de su voz, diciendo: «Venid, benditos de mi Padre, heredad el Reino preparado para ustedes desde la fundación del mundo” (Mat. 25: 34). ¿A quiénes en esta congregación encontraremos allí? Anhelamos verlos coronados en la santa ciudad de Dios. Deseamos que cuando comience el juicio y los libros sean abiertos, ustedes puedan estar firmes, con la gloria de Dios brillando en sus rostros. Si pudiéramos disfrutar de esa vida en la ciudad de Dios, seríamos eternamente benditos.

Les advierto: No se opongan a los mandamientos de Dios. Dicha ley es indudablemente la misma que Jehová escribió en el templo celestial; El ser humano puede pisotearla, pero la original está guardada en el arca de Dios en el cielo. En la cubierta del arca, precisamente encima de la ley, está el propiciatorio. Jesús está allí mismo delante del arca intercediendo a favor de la humanidad. Anhelamos que ustedes guarden los mandamientos de Dios y vivan.

Procuren la inmortalidad y la corona de vida, y al final obtendrán el cielo.

### **6—Nuestra ciudadanía está en los cielos**

ABRAMOS la Palabra de Dios en 1 Pedro 1:13-16. En estos pasajes el apóstol Pedro instruye a los creyentes a ceñirse los lomos del entendimiento. Debemos

cuidar especialmente nuestros pensamientos. No debemos permitir que nuestra mente se desvíe y sea seducida por diferentes cosas, porque hay algo más importante para nosotros. Si permitiéramos que la mente siga su curso natural se concentraría en asuntos banales que no nos aportarían ningún beneficio.

Aquí se nos presenta el gran acontecimiento: La venida de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. En ese momento las tumbas serán abiertas, los muertos resucitarán y nosotros seremos transformados. Este hecho debe llenar nuestra mente y desplazar todo lo demás. Hemos de aprovechar al máximo los privilegios y las oportunidades que tenemos a fin de prepararnos para la vida futura e inmortal.

---

Sermón de Elena G. de White predicado en Copenhague, Dinamarca el 24 de julio de 1886. Manuscrito 9, 1886.

La verdad de Dios nos ha sacado de la cantera del mundo con el fin integrarnos al templo celestial. Podemos contemplarnos mutuamente y decir: «Hay una gran obra que debe hacerse por aquel hermano y por aquella hermana», pero quizá no tomemos en consideración la obra que debe realizarse a favor nuestro. Si Satanás pudiera infiltrarse en el pueblo y suscitar un espíritu de crítica, se sentirá satisfecho, porque una raíz de amargura habrá brotado entre los miembros y él se sentirá complacido. No todos tenemos el mismo carácter, pero al reunimos en la iglesia y considerarnos como hijos de Dios, profesamos tener un hogar en la ciudad celestial.

Creemos que si edificamos un carácter cristiano, seremos contados con la familia de Dios en las mansiones que él ha ido a preparar para nosotros. Ahora bien, nuestro Padre celestial nos reúne como iglesia para que podamos obtener conocimiento y estemos preparados para vivir en la comunidad celestial. Algunos pueden decir: «Bueno, lo único que deseo es que todos estén de acuerdo». Pero hay quienes quieren que los demás piensen como ellos piensan. No reconocen que hay defectos en su carácter que deben ser corregidos. ¿Cuál es la obra que tenemos ante nosotros si queremos prepararnos para estar entre aquellos que esperan que su Señor venga en las nubes del cielo? Si espera que asumamos una actitud de humildad ante la presencia de Dios. «Ceñid los lomos de vuestro entendimiento, sed sobrios y esperad por completo en la gracia que se os traerá cuando Jesucristo sea manifestado» (1 Pedro 1: 13).

### **Nadie ha sido llamado a arreglar la iglesia**

El Señor no le ha dado a nadie la tarea de pretender arreglar la iglesia; sin embargo, individualmente debemos sentir que somos responsables ante Dios de ser una bendición para todos aquellos con quienes nos asociamos. Debemos considerar que todos hemos sido comprados por la sangre de Cristo. Aquí estamos, piedras vivas de la cantera, hemos de ser cincelados y preparados para

la nueva Jerusalén. No permitamos que nadie crea que está del todo bien. Tan pronto como somos extraídos de la cantera, tenemos una labor que hacer por nosotros mismos. «El deseo de la carne es contra el Espíritu y el del Espíritu es contra la carne» (Gál. 5: 17), y debemos meditar en aquello que nos ayudará a edificar un carácter sólido. No debemos creernos superiores a los demás, sino que hemos de estimar a los demás como superiores a nosotros. Necesitamos que nuestras almas sean elevadas a Dios en todo momento para obtener ayuda, para que no caigamos. Algunos, mientras son muy diligentes para cuidar de otros, se olvidan de la obra que han de hacer por sus propias almas.

Hemos de prestar atención a la exhortación del apóstol respecto a que hemos de ser santos en nuestra manera de vivir. Cuando eliminemos todo lo que constituya un obstáculo para nuestro progreso, el Espíritu Santo entrará en nosotros. Deseamos estar llenos del Espíritu de Jesús, y si ustedes no están estrechamente relacionados con Cristo, entonces sus pensamientos estarán centrados en lo que no tiene importancia; pero si están vinculados con Jesús, serán con toda seguridad canales de luz así como Jesús es luz. Porque Jesús ha dicho a sus seguidores: «Vosotros sois la luz del mundo».

Ahora bien, debemos mantener, mediante una fe viva, fijos nuestros ojos en el Autor y Consumador de nuestra fe. «Como hijos obedientes, no os conforméis a los deseos que antes teníais estando en vuestra ignorancia, sino, así como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir» (1 Ped. 1: 14, 15).

Antes de conocer a Jesús la conversación gira entorno a: qué vamos vestir, qué vamos a comer, qué vamos a beber, y nos criticamos unos a los otros. Pero tan pronto como nos familiarizamos con Cristo, nuestra actitud es transformada.

Heos aquí, objetos de su amor. ¿Ha ocurrido el cambio en nosotros? Es decir, ¿hemos pasado de muerte a vida? ¿Hemos muerto en verdad al yo? ¿Hemos unidos nuestros corazones y afectos a los del gran Dios? Él es luz y poder.

### **Se ha hecho toda provisión**

Nuestro amante Salvador ha hecho todo lo posible para que podamos tener esa gracia abundante y para que podamos vencer todo defecto de carácter. No podemos consentir en agradarnos a nosotros mismos en esta vida, pues necesitamos la plenitud que está en Jesús, y debemos ejercitarnos para hablar sobre las cosas que traerán paz y luz. Mientras conversamos acerca del cielo y sobre los temas celestiales, los ángeles de Dios se hallan a nuestro alrededor, y cuando estamos acercándonos a Dios, en nuestros pensamientos y corazones, él también se acerca a nosotros. Su amor se encuentra en nuestros corazones, y nuestros labios lo proclamarán.

No es solo nuestro deber ejercitar nuestras mentes en los asuntos celestiales, sino que tenemos que hablar de estas cosas, porque es nuestra responsabilidad atar

nuestra mente, ceñir los lomos de nuestro entendimiento y decir: «No pensaré en estas cosas». Entonces, es nuestra obligación cuidar nuestra conversación.

Podríamos pensar por la sombra en que muchos caminan, que no tenían un Salvador. Pero quiero decirles a ellos: «¡Cristo ha resucitado! No está en el sepulcro nuevo de José, sino que ha resucitado y ha ascendido a lo alto para interceder por nosotros!». Tenemos un Salvador resucitado que intercede por nosotros y debemos andar en armonía con Dios. Él está tratando de «purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras». Si procuramos con todo nuestro corazón ser hijos obedientes, sujetando nuestra voluntad a la voluntad de Dios, entonces la obra puede avanzar en nosotros sin interrupción. No olvidemos ni por un instante que estamos viviendo para la vida inmortal futura; por lo tanto, descartemos toda queja y crítica. Que nuestras palabras y nuestra conversación revelen al mundo que tenemos una esperanza henchida de inmortalidad.

Deseamos que su voluntad sea la nuestra. No queremos que nuestra voluntad intente controlar todo lo que se encuentra a nuestro alrededor. Un hermano me dijo: «Hermana White, debemos estar de acuerdo. Ahora veo las cosas de una manera y mis hermanos de otra, y no puedo hacerles ver todo como lo hago yo. Sus hábitos y sus costumbres son completamente diferentes de los míos».

Le dije: «Gracias a Dios, hermano, que solamente hay uno como usted en el mundo, porque si todos fuéramos como usted, no podríamos vivir mucho tiempo en el mundo, pues no habría armonía. Los métodos de su hermano son tan valiosos para él como los suyos lo son para usted».

Dios quiere afinarnos. El carácter fuerte debe ser pulido, y aquí hay alguien que se ha aferrado a la verdad, pero siempre ha sido vulgar en su conversación y tiene que vencer eso. Esto es precisamente lo que el apóstol quiere decir cuando afirma: «Usted debe vencer para tener un hogar en el cielo». Para transformar mi carácter Jesús debe estar en todo lo que hago. Tenemos que aceptar la verdad tal cual es en Jesús, y como resultado seremos amables y corteses el uno con el otro, porque esta fue la obra de mi Maestro. Veremos la impronta de Jesús sobre nuestro carácter, y cuando aprendamos las importantes lecciones que él desea que aprendamos, seremos semejantes a él. Él dice: «Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas» (Mat. 11: 28-29).

Nuestra ciudadanía está en los cielos

Aquí están ustedes con sus discrepancias y desacuerdos. Ahora, él dice: «Venid a mí [...] y aprended de mí». Nueve de cada diez de nuestros problemas son provocados porque tenemos un concepto muy elevado de nosotros mismos. Pero tan pronto como empezamos a resaltar las virtudes que tienen aquellos con quienes nos asociamos, no estaremos tan presto para ver sus defectos y pensaremos en lo bueno que hay en el carácter de ellos en lugar de contemplar

sus faltas. Al hacer esto los unimos más cerca de nuestros corazones mediante firmes lazos de amor.

Alguien me preguntó: «Hermana White, ¿por qué usted tiene tanto control sobre sus hijos y sobre los que usted está criando?». Les respondí: «Gánense su confianza y su amor, y ustedes podrán tener control perfecto». Ojalá que cada miembro de la iglesia trabaje de tal manera que pueda obtener la confianza de sus hermanos y hermanas, entonces la preciosa luz que emana del Señor se reflejará en su vida y carácter. Hay algo significativo en esta expresión: «Edificándoos sobre vuestra santísima fe». Cada vez que usted haya recibido el consuelo del Espíritu de Dios, usted debería desear compartirlo fervorosamente con los demás.

Si ustedes tienen la admirable luz del cielo, hablen de ella. ¿Acaso no tenemos de todo lo que hemos recibido de Jesús? Yo podría mencionarles algunos temas que llevarían a que sus pensamientos y su mente se expandan al límite, y todavía habría mucho más. El gran plan de redención no se comprende ni siquiera a medias. Si tan solo pudiéramos entender el plan de salvación, seríamos las personas más felices sobre la faz de la tierra. La verdad que Dios nos ha confiado llenaría tanto nuestras mentes que ni siquiera hablaríamos de las cosas terrenales. Sin embargo, es casi imposible que podamos explicar a los demás la grandeza de la salvación que sentimos en nuestros corazones. Jesús quiere que meditemos en esta salvación.

### **Libres de pecado**

Nuestro gran Salvador ha muerto para llevarnos a Dios. Ha sufrido como nuestro sacrificio y todo esto fue para que pudiésemos quedar libres de pecado, limpios de toda iniquidad. La sangre purificadora de Cristo es suficiente para que hablemos desde la mañana hasta la noche, si permitimos que nuestras mentes se mantengan en esa dirección. Queremos una fe inteligente. Deseamos entender cuánto podemos reclamar de la bendición de Dios. Escuchemos la Palabra de Dios al respecto: Si él nos ha dado a su Hijo, «¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?» (Rom. 8: 32).

A través del Hijo de Dios podemos reclamar las promesas que él ha dejado registradas a favor nuestro. Aquí hemos actuado, y guardamos sus mandamientos, porque vemos que Dios lo requiere. Nos distinguimos del mundo en este sentido y al seguir la mejor luz que tenemos al guardar sus mandamientos. Es nuestro privilegio reclamar su bendición y luego poner toda nuestra carga sobre Jesucristo, y reclamar por fe la riqueza de su salvación. Aunque Satanás lanzará su oscuridad sobre sus almas y les dirá que ustedes no pueden salvarse, díganle: «Jesús murió por mí, fue un sacrificio perfecto hecho en mi favor, y yo reclamo esa salvación plena. El Maestro me quiere gozoso, porque lo ha dicho (Juan 15). La Palabra de Dios declara enfáticamente y firmemente: «En esto es glorificado mi Padre: en que llevéis mucho fruto y seáis así mis discípulos. [...] Estas cosas os he hablado para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea completo» (Juan 15: 8, 11).

No era que ellos debían sentir que estaban bajo la esclavitud de la ley. «Este es mi mandamiento: Que os améis unos a otros como yo os he amado» (Juan 15: 12). Debemos creer las palabras de Cristo, porque son espíritu y son vida. Debemos aferrarnos a lo que él ha dicho. Debemos caminar directamente en el camino angosto de la fe. Debemos servir a Dios con todo el corazón, poder, mente y fuerzas, y es nuestro privilegio reclamar ser hijos de Dios.

Dios quiere derramar sobre ustedes la luz y la gloria de su presencia. Él quiere que su gozo permanezca en ustedes y que sea completo, que cuando se reúnan con sus hermanos y hermanas puedan decir: «Escuchen lo que el Señor ha hecho por mí. Me ha dado una rica experiencia, y si lo busco por su bendición, esta llegará». Luego ustedes comenzarán a hablar de la venida de Cristo, que el fin de todas las cosas se acerca y cómo nos estamos preparando para su regreso. Después hablarán de esa ciudad celestial, del árbol de la vida en medio del paraíso de Dios, del Rey en su hermosura, con su corona real y de las riquezas que se darán a los hijos de Dios, hablarán de ese río que proviene del trono de Dios y entonces dirán: «¡Alaba al Señor, oh alma mía, y todo lo que está dentro de mí le dé gloria».

Si ahora fuéramos así, ¡qué impresiones causaríamos en el mundo! Dirían que tenemos algo que ellos no tienen, y empezarán a preguntar: «¿Qué puedo hacer para ser tan feliz como lo son ustedes?». Mis hermanos y hermanas, Dios es su fortaleza. Él no desea que vayan cojeando a lo largo de esta vida. Cuando entren por la puerta de la nueva Jerusalén, ustedes leerán que está escrito en la puerta: «Bienaventurados los que guardan sus mandamientos».

Jesús les dará la bienvenida y con su propia mano colocará la corona sobre la frente de todos los que entren allí. Luego cantan el cántico de Moisés y del Cordero en el reino de gloria. Bien, ¿será que Dios no ha puesto ante nosotros suficientes razones para que meditemos en las cosas celestiales? Lo mejor de todo es que no entramos en la ciudad como convictos, sino como hijos e hijas del Dios Altísimo. El Padre está en la puerta y da la bienvenida a todos a su seno. Allí manifestaremos el encanto inigualable de nuestro Redentor. Y el himno repercutirá a través de los atrios celestiales: «Al que está sentado en el trono y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos» (Apoc. 5: 13).

Yo les pregunto, ¿no es acaso esto suficiente para que hablemos de ello? ¿Iremos de luto, como si la ira de Dios estuviera a punto de caer sobre nosotros, o acaso no hablaremos de ese amor inagotable que se nos ha dado por el sacrificio infinito del Hijo de Dios? Cuando ustedes reflexionen en estas cosas, y en el amor de Jesús, no podrán evitar amarse mutuamente.

Cristo ha manifestado su interés en los seres humanos. Él dice: «En cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis». Al tratar con sus santos estamos tratando con Jesús. Por tanto, tengan mucho cuidado de no herir el corazón de sus hermanos y hermanas. Estamos casi en casa, seremos